

BIBLIOTECA

755

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.





LOS TRES PAPAMOSCAS

Ó EL MUERTO DE VUELTA.

Disparate dramático en un acto y en prosa, arreglado á la escena española por D. Laureano Sanchez Garay, para representarse en Madrid el año 1861.

PERSONAJES.

DON HIPÓLITO, (50 años.)
DON BRÍGIDO, (*id.*, *id.*)
ADOLFO, (25 *id.*)
FRUTOS, (*criado,* *id.*, *id.*)
UN COCHERO.
UN ESCRIBANO.
DOS TESTIGOS.
CAROLINA, *hija de don Brígido,* (20 años.)

La escena pasa en Madrid, año de 1861, en casa de don Hipólito.

El teatro representa un salon; puerta al fondo y laterales; una ventana lateral; mesa de escritorio con su sillón; un armario, papelería, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

FRUTOS.

FRUT. Está esto bueno... yo, Frutos, joven de veinte y cuatro años, activo, inteligente, y de no mala figura, ocupado día y noche en no hacer otra cosa mas que cepillar ropa, peinar sombreros, sacar lustre á las botas, y otras menudencias por el estilo!... Y por qué? Porque ese señor á quien yo le hago todos estos servicios, que ni tiene mi clara inteligencia, ni mi agradable fisonomía, posee, en cambio, ochenta mil reales de renta, y yo, por efecto de no sé qué imbecilidad de mis antepasados, no poseo absolutamente mas que mi persona. Y cómo diablos quieren ustedes que yo haga fortuna? Saben ustedes cuánto gano al mes en esta casa? Sesenta reales peladitos, ó lo que es lo mismo, setecientos veinte reales anuales... al paso que hay otros criados que, merced á ciertos servicios particulares, salen por mas de dos mil reales al año. Oh! el día que me caiga la lotería, ó logre reunir una miserable renta de cuatro mil reales anuales, aquel día tiro los cepillos y el plumero, y no vuelvo á quitar mas polvo ni mas barro, ni aun á mi ropa! Lo primero que hago, es irme á vivir á Chamberí, á una

casa que tenga corral y jardín, para tener mis flores, mis gallinitas, palomas y cerdos; y una buena ama de gobierno, de esas que tienen el colmillo retorcido, y cuya figura se asemeja á la del bombo.

HIP. (*dentro.*) Frutos! Frutos!
FRUT. Ah! mi amo me llama... Si á fuerza de impacientarle le hiciese tener un poco de calma!... Esto le manifestaria que un criado vale á veces tanto como su amo.

HIP. (*dentro.*) Frutos... vienes, ó qué haces?
FRUT. Eso es! Alza la voz! Grita!... Y todo esto, por qué? Porque tiene cuatro mil duros de renta... Y si no, que se ponga él mi chaqueta, y me ceda á mí sus rentas; entonces seria yo quien alzára la voz, y él el que obedeciese y callára... Qué mundo este tan fermentado! Vamos á ver lo que me quiere. (*al ir á marchar. Frutos, el ruido de un cristal roto, le asusta y le detiene.*) Qué ruido es ese! (*la ventana se abre.*)

ESCENA II.

Dicho, ADOLFO.

ADOL. (*en pie sobre el dintel de la ventana.*) Acércate y escuchame.

FRUT. (*retrocediendo.*) Pocas chanzas conmigo, ó grito ladrones.

ADOL. (*tirándole un bolsillo.*) Abre la mano.

FRUT. (*agarrándole.*) Obedezco.

ADOL. Cierra los ojos.

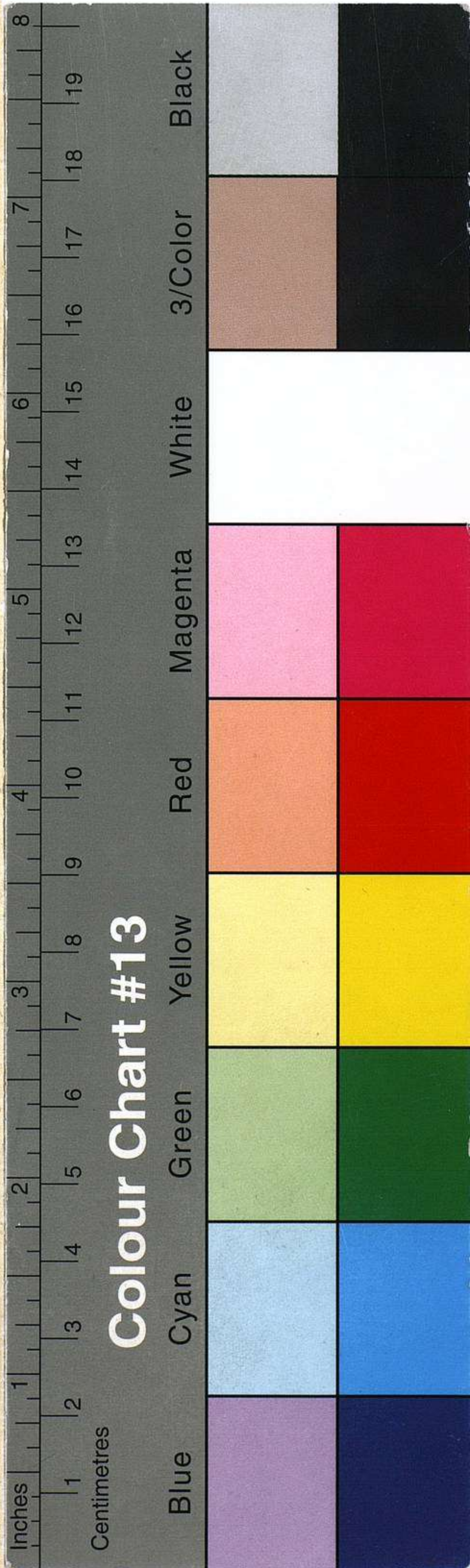
FRUT. Y callo.

ADOL. (*saltando á la habitacion.*) Ahora ya me puedes mirar.

FRUT. Con los ojos cerrados?

ADOL. Abrelós, al contrario, para que me digas, si tengo la fisonomía de un ladron.

FRUT. (*mirándole.*) Ba! al contrario... si yo le conozco á usted? Y si no me engaño, he aprendido con usted... es decir, en su casa, mi oficio de criado.. Los primeros puntapiés que he recibido en mi vida,



Colour Chart #13

Inches
Centimetres

Black
3/Color
White
Magenta
Red
Yellow
Green
Cyan
Blue

- los he debido á la bondad de su señor padre de usted.
- ADOL. Tienes razon.
- FRUT. Y se acuerda usted por qué? Porque cuando se descuidaba me zangullia los mostachones y las ciruelas pasas, que tanto le gustaban á usted.
- ADOL. Pues tienes buena memoria... mira, aun me dura la aficion.
- FRUT. Pues yo creia que ahora se le habia desarrollado el gusto de introducirse en las casas por donde lo hacen los canarios, ó los gatos. Quizás para usted sea ridiculo el entrar por la puerta, como acostumbra todo el mundo!
- ADOL. Quise hacer lo que hacen todos; pero no recordé el ombre de tu amo, y el portero me echó con cajas destempladas, creyendo que me queria burlar de él.
- FRUT. No le enseñó usted esta bolsa?
- ADOL. La rechazó.
- FRUT. Con que la rechazó!... Habráse visto jumento!... Pues entonces, quién le ha abierto á usted la puerta del jardin?
- ADOL. Nadie; la he escalado; habia allí, por efecto de la mas romántica de las aventuras, una escala perfectamente clavada.
- FRUT. Quiere usted que le presente á mi amo?
- ADOL. No tal; lo primero que tienes que hacer, es no hablar de mí en esta casa. Solo me he anticipado algunos minutos á don Brígido y su hija; la diligencia acaba de llegar, y no debo de perder un instante. Escucha, imbécil...
- FRUT. No nos confundamos, señor mio; yo me llamo Frutos, para servir á Dios, y al que me pague mejor.
- ADOL. Necesito esconderme.
- FRUT. Esconderos! Dónde? Y por qué?
- ADOL. Donde quieras; lo esencial es, que sea cuanto antes.
- FRUT. Comprendo; es una broma que usted quiere gastar?
- ADOL. No por cierto, es una sorpresa que quiero hacer á tu amo.
- FRUT. Magnifico! Así como así, se muere por las sorpresas. Mire usted, escóndase ahí, en aquella pieza oscura.
- ADOL. Mira, echarás la llave, y te la guardarás en el bolsillo; si alguno te la pide, acuérdate que la has perdido para todos, escepto para nosotros dos... Oye una palabra mas; dentro de un momento vendrá á esta casa un señor de edad, con una señorita.
- FRUT. Qué quiere usted que les diga?
- ADOL. Ni una sola palabra; lo que sí harás, será avisarme en cuanto la señorita se quede sola. No hables de mí á nadie, ni olvides que te oigo, y que te veo, y que si sales con alguna pata de gallo, te corto ambas orejas.
- FRUT. Y si mi amo me manda que salga?
- ADOL. No obedezcas á nadie mas que á mí. (Ah! señor don Hipólito! Quiere usted casarse con una joven que yo amo, y cree usted que le basta con el consentimiento de su papá? Se equivoca usted, amigo mio; aun necesita usted el de la niña y el mio... y esto no lo logrará tan fácilmente.)
- FRUT. Siento pasos, ocúltese usted pronto. (Adolfo se oculta. Frutos echa la llave y se la guarda.)
- ESCENA III.
- FRUTOS, DON HIPÓLITO.
- FRUT. Ahora que nadie me vé, veamos qué monedas
- HIP. (entrando.) Qué haces ahí sin responderme?
- FRUT. (guardando el bolsillo.) Yo, señor, cepillaba su lebita y su sombrero.
- HIP. Con los brazos cruzados, no es verdad?
- FRUT. Esa es mi costum' re; cada uno tiene sus mañas, y sobre todo, en haciéndose las cosas...
- HIP. Hable menos; límpieme este pantalon, y déjeme arreglar mi fisonomía. No es cosa de ir á un entierro con igual semblante que se va á otras partes.
- FRUT. Cómo! Va usted á un entierro? Pues, quién ha muerto?
- HIP. El dueño de esa magnífica casa de la esquina.
- FRUT. Cuál? Ese caballero que salia todos los dias en carretela abierta?
- HIP. El mismo; deja una fortuna que produce mas de quinientos mil reales anuales.
- FRUT. Es decir, veinte y cinco mil duros?
- HIP. Sin contar con las muchas alhajas, pinturas, casa de recreo, etcétera, etcétera.
- FRUT. Y á quién ha dejado todo eso?
- HIP. No sabemos. El no tiene ni mujer, ni hijos, ni sobrinos; en fin, ni un solo heredero.
- FRUT. Qué desgracia para los que debian haber venido al mundo, y se han quedado por allá!
- HIP. Dicen que trató de hacer testamento, pero como ha muerto de pulmonía fulminante, no le ha sido posible hacerlo. (sacando el reloj.) Ea, ea, tú me haces perder el tiempo; quizás llegue ya tarde.
- FRUT. (impidiéndole la salida.) Me alegro, así como así, no quiero que vaya usted al entierro.
- HIP. (admirado.) Y por qué no?
- FRUT. Porque luego vuelve usted malo, todo descompuesto, y no hay quien le pueda sufrir. Se acuerda usted de la última vez que volvió tirándose de los pelos, jurando y amenazando á todo el que se le ponía por delante? A fé, á fé, que se pasó usted ocho dias en la cama.
- HIP. Aquello fué, porque al volver del entierro, supe que el difunto, en cuya casa habia yo depositado algunos fondos, habia muerto insolvente.
- FRUT. Y quien le dice á usted, que no recibirá hoy alguna mala noticia, y que luego seré yo quien todo lo pague? Dónde hay enfermo mas insufrible que usted? Quién es el que le hace la cama, el que se la calienta, el que le dá la tisana, sino yo?
- HIP. Te repito, que nada tiene que ver aquello con esto. Déjame salir, Frutos, ó castigaré tu osadia. Ya sabes que hace algun tiempo te estoy prometiéndole una gratificacion; mira que no te la prometeré mas.
- FRUT. Pues bien, haga usted lo que quiera; si vuelve enfermo, tráigase usted consigo una hermana de la caridad, porque yo ya me cansé de pasar malas noches.
- HIP. Mira, si viene el cartero durante mi ausencia, no cometas la torpeza del otro dia... toma la carta, y guárdamela, pues me interesa; es la respuesta á la de... Mira, Frutos, tienes que ver aquí, dentro de poco, sucesos notables. Ten entendido que la viudez me agovia, y que á todo trance quiero casarme otra vez.
- FRUT. Usted?
- HIP. Yo mismo.
- FRUT. Vamos, le vuelven á usted las intermitentes.
- HIP. Lo dicho... me caso, y tendremos ama que dirija este tinglado. Voyme corriendo al cementerio; luego hablaremos. (vase corriendo.)

ESCENA IV.

FRUTOS.

FRUT. No cabe duda; la fiebre se ha apoderado de mi amo; todos los entierros le causan el mismo efecto. Bueno va á venir! Pensarlo solo me da temblor. Dispondré su cama para cuando venga. Le tendremos dispuestas unas cuantas tazas de flor de malva. (Manzan.) Ola! mientras mi amo sale por un lado, las visitas llegan por el otro. (abre la puerta del fondo.)

ESCENA V.

Dicho, DON BRIGIDO, CAROLINA.

FRUT. Sírvanse ustedes pasar adelante.

BRIG. Es usted de la casa?

FRUT. Soy criado de ella.

BRIG. Pues yo soy el primo don Brigido, que viene con su hija á sorprender á mi primo don Hipólito; pues él no espera á la sobrina Carolina, hasta dentro de ocho dias, y se la traigo ahora mismo. Dónde está? Quiero abrazarle.

FRUT. Abrazarle!... Oh! eso es imposible.

BRIG. (asombrado.) Con que, es imposible?

FRUT. Porque viene usted demasiado tarde. Ya no está aquí.

BRIG. P ues dónde diablos está?

FRUT. A ver si lo adivina usted. Pero cá, imposible!... No adivina usted en mi rostro? Bueno como estaba hace poco! Oh! la culpa no es mia; si me hubiese obedecido, no se vería donde se vé.

BRIG. Pues, dónde está? Sepamos!

FRUT. (suspirando.) Ay, señor; no quisiera decírselo á usted... está... en el cementerio de San Nicolás.

BRIG. En el cementerio!...

FRUT. De San Nicolas.

BRIG. Esplicáte!...

FRUTOS. Lo que usted oye. No he sido yo la causa; sus caprichos le han llevado á la mansion de los muertos.

BRIG. Con qué ya le tenemos allí?

FRUT. En cuerpo y alma.

BRIG. En cuerpo no lo dudo; pero el alma, Dios habrá tenido piedad de ella... (al criado.) Parece imposible, cuando el lunes recibí yo carta suya.

FRUT. Y que tiene que ver? Aunque le hubiera á usted escrito, martes, miércoles y jueves, no le impediría el verse el viernes en el cementerio. Pues si casi debió usted encontrarle al venir?

BRIG. Dices bien. Al llegar á esta calle, hemos encontrado un magnífico cortejo fúnebre.

FRUT. En ese mismo iba mi amo.

HIP. En ese!... Oh! amigo mio! Tú me asesinas! Yo, que vine corriendo para darle un abrazo, encontrarme con que ha muerto repentinamente?

FRUT. Quién?

BRIG. El difunto!

FRUT. Ah! el difunto murió de pulmonia fulminante.

BRIG. (abrazándola.) Vaya una noticia, hija mia! Hete aquí viuda, antes de haberte casado!

FRUT. Cómo viuda?... Por ventura se iba á casar!...

BRIG. Si; mi hija, estaba para casarse con el difunto!...

FRUT. Pues, señorita mia, no ha perdido usted mas que la friolera de quinientos mil reales de renta, sin contar con otras menudencias.

BRIG. Qué oigo! Pues qué, tan rico era?

FRUT. Lo que usted oye, y algo que no se sabe.

BRIG. Si nadie le daba mas de cuatro mil duros de renta! Tú debes estar equivocado.

FRUT. Se lo he oido á mi amo! Es millonario!...

BRIG. Con que te lo confió á ti todo, y á los demás nos lo ha estado ocultando?... Ah! comprendo; conozco su delicadeza; queria sorprendernos!

FRUT. En el mismo sitio en que estamos ahora, mi amo me lo ha explicado todo; me ha dicho que dejaba veinte y cinco mil duros de renta, sin contar con lo que vale la posesion de recreo, su galeria de pinturas y sus magnificas alhajas.

BRIG. Cielo santo! Y por qué no lo han sellado todo?

FRUT. Cómo sellado!

BRIG. Verdad es, que el pobre murió de repente.

FRUT. Y para qué servian los sellos, cuando no ha dejado heredero alguno? El no tenia ni mujer, ni hijos, ni sobrinos.

BRIG. (vivamente.) Cómo que no?

FRUT. Lo que usted oye.

BRIG. (con alegría.) Tanto mejor para mí, pues has de saber que yo soy primo suyo.

FRUT. Usted primo?

BRIG. Hermano; creí que ya lo sabias.

FRUT. Pues entonces... todo es de usted.

BRIG. Cómo!

FRUT. Hasta la última filacha. (dándole un pañuelo.)

Ya puede usted llorar cuanto guste.

BRIG. (fingiendo llorar.) Dices bien! Lloremos, que esto nos desahogará. (á Frutos.) Y tú, por qué no le lloras? Créés que no habrá algo para tí?...

FRUT. Si usted lo dispone... lloraremos juntos la pérdida de un hombre tan estimado. (todos sollozan un instante, diciendo cada uno.) Que lástima de hombre!!! Cuán bueno era!!!

BRIG. Siempre los hombres de bien se llevan la delantera!!!

CAR. (Pero papá mio!)

BRIG. No te aslijas tú mucho, hija mia!!! Que con la fortuna que adquiere tu padre, podrás llegar á ser Baronesa, Vizcondesa y hasta Princesa. (con alegría.)

Porque si, hija mia, ya somos millonarios! Debemos regocijarnos... y bendecir la mano de Dios que así nos conduce á la ventura!... (al criado.) Mira, gallardo jóven! en pago de tus noticias, toma esta bolsa; dentro de ella encontrarás veinte monedas de oro isabelinas... guárdatelas á cuenta.

FRUT. (Ea, hoy me llueve dinero por todas partes; si esto continúa...)

CAR. Qué hace usted, papá? Usted parte de una mala inteligencia!...

BRIG. No hay tal cosa! Estoy seguro de ello; aun conservo sus cartas... las unas empiezan diciendo: «Querido primo mio!...» Otras terminan de este modo: «Adios, mi único pariente... último vástago de mi familia.» Me parece, que con esos documentos y otros que en breve presentaré...

CAR. Pero papá, si lo que yo quiero decir...

BRIG. Pues lo que yo digo es, que soy su único pariente, su solo heredero, y que desde ahora ya puedo instalarme en su casa, como en la mia. No es verdad, jóven?...

FRUT. Qué duda cabe? Oh! yo estoy seguro, que como buen pariente que es usted, no deja á de aumentar la fortuna de don Hipólito.

BRIG. (Dios le tenga en Santa Gloria!!!) Si, hijo mio, si; quiero duplicar y triplicar, si es posible, su fortuna.

FRUT. Me alegro, con eso crecerá tambien mi salario.

BRIG. Tu salario? Le suprimo. Es preciso que tu felicidad sea hija de la nuestra. Por eso te suprimo el sala-

rio, y en su lugar, te voy á dar una renta de quinientos ducados anuales.

FRUT. Qué dice usted! Quinientos ducados anuales?... Pues ya no necesito mas para irme á Chamberí, á buscar mi corral, mi jardín y mi ama de gobierno. *(baila.)*

CAR. Pero, papá, me permite usted que le explique su error?

BRIG. No hay error que valga!... *(tapándose los oídos.)* No necesito oír nada!!! No quiero que me desilusionen.

FRUT. Qué perspectiva te se presenta, Frutos!... Ahora sí que vas á recojer el idem de tus fructíferos servicios.

BRIG. Ea, ea, es preciso arreglarlo todo en breve; voy á casa del escribano; pero, qué haré de Carolina?... Gran Dios, cuán embarazosas son las mujeres!!!... Oyes, jóven, ahí queda mi hija; procura distraerla... *(yéndose y volviendo.)* Qué aturdido estoy; olvidaba que habia dado mi bolsa, é iba á salir sin dinero.

FRUT. Quiere usted que se lo preste?

BRIG. No por cierto: en el pupitre debe de haber justamente el pobre Hipólito dejó la llave puesta.

FRUT. Pues es raro; quizás sea la primera vez que sucede eso.

BRIG. *(abriendo el pupitre; toma algunas monedas.)* Canario, no falta dinero!

FRUT. *(Cáspita, que el primo no es corto de genio! Ya se vé, cuando se heredan quinientos mil reales de renta, bien puede uno tomarse libertades en casa agena.)*

BRIG. *(tomando un reloj de la mesa.)* De quién es este perolillo? Esto es indigno de ser poseido por un capitalista como yo; toma, para tí. *(al criado.)*

FRUT. Gracias, señor; acepto.

BRIG. Dime, qué tales provisiones tenemos?

FRUT. No faltan; en el sótano hay buen vino de Jerez y de Montilla, y en las bohardillas, palomas, gallinas y pabos.

BRIG. Sí?... Pues dá orden de que maten unos cuantos pichones y pollos, que voy á convidar á varios amigos. Quiero que me ayuden á llorar al difunto, y á beber á su memoria. Y como dice el proverbio: «un rico ha muerto: viva el rico!» Oye, no olvides nada de lo que te he encargado.

CAR. Y me vá usted á dejar sola?

BRIG. Voy aquí cerca. Y además, Frutos te acompañará.

FRUT. Váyase usted descuidado.

BRIG. Mira, Carolinita, procura entristecerte lo menos posible, y considera que, si envindaste antes de tiempo, con la fortuna que heredamos no te faltarán maridos. *(la abraza y váse.)*

ESCENA VI.

CAROLINA.

(Repitiendo.) «No te faltarán maridos!...» Pues se engaña usted: ni los quiero, ni los deseo. Buenos están los hombres!!! Y si no, que hable Adolfo, que sabiendo lo que le amo, me deja marchar para Madrid, donde mi padre quiere casarme. Otro, en su lugar, hubiera detenido la diligencia, ó la hubiese asaltado á mano armada; pero nada: el buen don Pánfilo nos deja venir como si tal cosa. Oh! Le juré olvido eterno, y esta será la última vez que le recuerde...

ESCENA VII.

CAROLINA, FRUTOS.

FRUT. *(volviendo de acompañar á don Brígido.)* No olvidemos nada, y hagamos las cosas por su orden. Lo primero de todo... la comida. *(vá á la ventana.)* Veamos si diviso la cocinera... allí se asoma. *(le habla á voces.)* Carlota, vá á haber un gran convite en casa; degüella unos cuantos gansos, capones y palominos; y lo que tú no puedas componer, mándalo á la pastelería. — Qué dices? — Que es hoy día de vigilia?... Qué sabe el cuerpo lo que le dan? Dispon lo dicho, y no te tomes cuidados agenos. *(viniendo á la escena.)* Vaya, de tres cosas que me ha mandado, ya hay una dispuesta; ahora quedan dos. Me dijo que distrajese á su niña... y cómo haremos esto? Diga usted, señorita, quiere usted que la cante algunas seguidillas, el himno de Africa, ó las Flores de Mayo, que es lo único que he aprendido? O si no, quiere usted que la cuente alguna historia muy sangrienta?...

CAR. No quiero mas que un libro.

FRUT. Cuál? En esa pieza de la izquierda hay una pequeña librería. Novelas, la Galería de sombras ensangrentadas, y acaso alguna de Fernandez y Gonzalez...

CAR. De Fernandez y Gonzalez?

FRUT. El único novelista que ha leído mi amo. *(Ahora recuerdo que tengo que avisar á ese jóven, que está aquí la señorita sola.)* Oiga usted, señorita; en esa piecica hay un ser que tal vez distraerá á usted mas de lo que quiere su papa.

CAR. Qué oigo! No estoy sola?

FRUT. Sí, pero no tenga usted miedo. Es un jóven que ha venido para ocultarse. *(abre la puerta.)* Preséntese usted, amable aventurero...

ESCENA VIII.

Dichos, ADOLFO.

ADOL. Carolina!!!

CAR. Usted aquí, Adolfo?...

ADOL. Sí, mi querida Carolina; supe que usted...

FRUT. Dispensen ustedes que les interrumpa, mas mi amo volverá pronto del cementerio, mas enfermo todavía que el que acaban de enterrar; permítanme, pues, que vaya á prepararle cuanto sea necesario.

ADOL. Está bien. No vengas hasta que yo te llame!

FRUT. Mil gracias. Cuando ustedes me necesiten, repiquen largo está campanilla, y conoceré que me necesitan. Con licencia... *(váse y vuelve.)* Cuando les interrumpí, estaba usted diciendo: «Sí, mi querida Carolina; supe que usted...» Ahora, continúen ustedes. *(entra en la habitacion de su amo.)*

ESCENA IX.

ADOLFO, CAROLINA.

ADOL. Todo lo sé, Carolina.

CAR. Tanto mejor. Eso menos tengo que decirle.

ADOL. Sé que la han traído á usted á Madrid para casarla.

CAR. Sí, pero no se casa una jóven sin su consentimiento; y cuando llegue el caso de preguntarme si le quiero por esposo, les daré un no como un templo.

ADOL. Encantadora jóven!!! Usted me colma de felicidad... pero, cómo se ha decidido usted á alejarse de mí, para acercarse al hombre detestado?

CAR. Por obedecer á mi padre. Pero bien sabe usted

que le amo, y que antes de pertenecer á otro, preferiria ser hermana de la Caridad.

ADOL. Bien, Carolina, gracias! Sin embargo, no las tengo todas conmigo... Un padre, siempre es un padre.

CAR. Segun y conforme.

ADOL. Solo veo un medio para evitar el peligro que nos amenaza.

CAR. Cuál es?...

ADOL. El de robaros.

CAR. Pues róbeme usted.

ADOL. Al punto.

CAR. Sin embargo, Adolfo, bien reflexionado, el remedio puede traer graves consecuencias. Qué diria tanta mala lengua como hay, de mí! Mi honra andaria en boca del vulgo.

ADOL. Para obviar toda dificultad, no nos escaparemos solos: vendrá con nosotros un tercero.

CAR. Y quién?

ADOL. Un imbécil.

CAR. Con eso seremos tres.

ADOL. Un muchacho, que seria espuesto dejarle aqui, para que hablase despues de nuestra marcha: nos acompañará Frutos.

CAR. Bravo!!! Y dónde vamos?

ADOL. A Toledo. En casa de mi tia, la cual decidirá á su padre de usted para que consienta en nuestro casamiento... (*ruido fuera.*) Siento pasos! Es preciso separarnos!...

CAR. Pronto nos veremos. (*Adolfo se oculta donde antes. Carolina váse á la habitacion de la derecha.*)

ESCENA X.

DON HIPÓLITO; un cochero, que no se vé.

HIP. Espere usted, buen hombre, voy á pagarle en seguida... En qué estaria yo pensando, para no llevar en el bolsillo mas que un napoleon, y ese falso! (*buscando en los bolsillos.*) Dónde diantres habré puesto la llave? Frutos! Frutos! (*llamando.*) Por dónde andas?

ESCENA XI.

Dichos, FRUTOS.

FRUT. (*con un calentador en la mano.*) Aquí estoy, mi amo. Calla!!! Y los otros? (*mirando alrededor.*)

HIP. Dónde vas con ese chisme?

FRUT. A calentar la cama de usted.

HIP. Calentar mi cama á estas horas?...

FRUT. Pues qué, no viene usted malo?...

HIP. Calla, imbécil, calla!! Dame la llave de mi pupitre para pagar al cochero.

FRUT. Yo no la tengo; pero no se alarme usted, que está en buenas manos.

HIP. En buenas manos!

FRUT. Tan pronto como pague al cochero, se lo explicaré á usted todo; luego arreglaremos cuentas. (*váse un momento y vuelve.*)

HIP. Pero dime, qué has hecho de la llave?...

FRUT. Le digo á usted que está en buenas manos, y no tema.

HIP. Pero, qué manos son esas?

FRUT. Las mismas que me han dado veinte monedas de oro de á cinco, y que me han regalado este calderillo, que usted tenia sobre la mesa, y las mismas que han sacado dinero de su pupitre de usted.

HIP. Desgraciado, me has dejado robar!

FRUT. Robar? Al contrario: tengo que comunicar á usted soberbias noticias: sepa usted que ha venido...

HIP. Quién?...

FRUT. Y ella tambien.

HIP. Quién es ella?

FRUT. Su hija.

HIP. La hija de quién?

FRUT. Por vida de!... La hija del padre que usted esperaba dentro de ocho dias.

HIP. (*gozoso.*) Cómo! Brígido en Madrid!...

FRUT. Con su hija.

HIP. Carolinita tambien...

FRUT. El padre ha ido á buscar un escribano.

HIP. Para el contrato sin duda.

FRUT. Si no sabe usted de la misa la media!... En cuanto lo sepa, baila usted las mollaras.

HIP. Revienta de una vez!...

FRUT. Sepa usted que don Brígido es el único y universal heredero del millonario que viene usted de enterrar...

HIP. (*estupefacto.*) Mi primo Brígido!

FRUT. En cuerpo y alma.

HIP. Quién habia de pensar!... Parece mentira!...

FRUT. Mentira?... Pues examine usted los papeles que trae en su cartera; como que ha ido á casa del escribano para hacer la presentacion en regla. Por eso me ha dado las veinte monedas de oro isabelinas, y su reloj de usted.

HIP. Mi sorpresa es cada vez mayor!

FRUT. Aun no le he dicho á usted lo principal: sepa usted que quiere enriquecerlo: me ha dicho que queria duplicar y triplicar su fortuna de usted.

HIP. Generoso amigo! Noble primo!

FRUT. Vaya, qué me dá usted por la noticia?

HIP. Retiro la amenaza que te hice antes, y te prometo de nuevo la gratificacion consabida.

FRUT. Y no me puede usted dar alguna cosa á cuenta?

HIP. Con sumo gusto; toma.

FRUT. Este napoleon es falso.

HIP. Consérvale para memoria... Dime, y los has recibido bien?

FRUT. Ya lo creo! Acabo de dar orden de pasar á cuchillo un peloton de vípedos de los que se albergan en las bohardillas; pues don Brígido va á convidar una veintena de sus amigos, para que coman aquí; y segun ha indicado, quiere que se emborrachen á la memoria del difunto.

HIP. Una veintena dijo él; pues yo voy á convidar cuarenta de los míos; es preciso celebrar los millones: no hay tiempo que perder; mientras él se ocupa de los negocios graves, yo voy á arreglar los placenteros. — Escucha, Frutos; si viene durante mi ausencia, le dirás: Su primo de usted, don Hipólito, espera que dispondrá de su casa como si fuese suya... Pero no; mejor será escribírselo. (*escribe.*) Entrégasela cuando venga. Mas antes de salir, quiero cambiar de ropa; (*no quiero presentarme á mi futura con trage de duelo!...*)

FRUT. Sí, sí; mejor es que se quite usted ese gaban oscuro, y se ponga otro mas alegre.

HIP. En dos minutos despacho. (*entra en su cuarto.*)

ESCENA XII.

FRUTOS.

FRUT. Si, si; componte, componte... encubre un poco tus años... (*se oye ruido.*) Pero, qué oigó?

ESCENA XIII.

Dicho, DON BRIGIDO, UN ESCRIBANO, dos testigos.

BRIG. Ya ves que no pierdo el tiempo. Siguiendo las instrucciones de mi abogado, traigo conmigo al señor escribano y dos testigos, para proceder á las formalidades legales.

ESCR. Con que, está usted seguro?...
BRIG. Si lo estoy?... Pregúnteselo usted á su criado.

FRUT. Ah! No cabe duda alguna... A propósito, señor don Brigido, mi amo me entregó este papel para usted.

BRIG. Un papel? Veamos... (leyendo.) «Ruego á mi primo don Brigido, que disponga de cuanto me pertenece, como mejor le convenga: está en su casa, y cuanto hay en ella es suyo.—Firmado, Hipólito.» (al escribano.) Creo que la donación...

ESCR. Decis bien!... No puede estar mas terminante.

BRIG. (á Frutos.) Eres un chico excelente, virtuoso, é inteligente como ninguno, y has desempeñado tu delicada mision con un celo que te honra en extremo. (abriendo el pupitre.) Te prometí quinientos ducados de renta; toma á cuenta dos mil reales. (le da varios billetes de Banco.)

FRUT. Vaya un dia, Santo Cielo!!! Lluve el oro sobre mí!

BRIG. (al escribano.) Usted fuma?

ESCR. Ese es mi único vicio.

BRIG. Pues en ese caso, hágame usted el obsequio de aceptar esta petaca de oro, como recuerdo de mi difunto primo. (le entrega una petaca que saca del pupitre.)

ESCR. Agradezco en extremo la fineza.

BRIG. (á los testigos.) Para ustedes, señores, tambien tengo este par de cajones de cigarros. (da uno á cada uno de ellos.) Ahora, cumplamos con la ley. (llamándole.) Frutos; enciende una vela. (al escribano.) Hago á usted presente, que yo saldré y entraré con frecuencia, y por lo tanto llene usted todas las formalidades prescriptas. Empecemos por poner sellos provisionales sobre todas las puertas. Así no habrá que temer.

ESCR. Yo creo que seria mejor otra cosa; pero si usted quiere, no tengo inconveniente en sellarlo todo. (echan las llaves á todas las puertas y cajones, y ponen sellos sobre ellas.)

FRUT. (Me alegro que enjaulen á mi amo; con eso tendrá tiempo de acicalarse.)

ESCR. Y á quién nombraremos para que custodie todo esto?

BRIG. Quién mejor que Frutos!!! Nadie merece mi confianza.

ESCR. Como gustéis; dentro de ocho dias vendré á levantar los sellos.

BRIG. Ruego á usted, señor escribano, que se sirva venir á honrar mi mesa, esta noche á las seis; igualmente ustedes, señores testigos, así como sus esposas é hijos.

ESCR. Prevengo á usted que yo tengo siete, y...

BRIG. Tanto mejor; tráigalos usted con sus amigos... con eso estarán mas contentos. (el escribano y testigos vanse.)

ESCENA XIV.

FRUTOS, DON BRIGIDO, ADOLFO.

BRIG. Adolfo!!!

ADOL. El mismo.

BRIG. Qué viene usted á hacer aquí?

ADOL. Vengo á manifestaros, que Carolina no será jamás la esposa de don Hipólito.

BRIG. Vaya una noticia!... Claro está; cómo quiere usted que la case con un muerto?

ADOL. y FRUT. (riéndose.) Con un muerto!!!

BRIG. Si señor, con un muerto, y enterrado hace pocos minutos en el cementerio de San Nicolás, de resultas de una pulmonía fulminante; no creo que necesito entrar en mayores detalles; bástele saber, que no tiene que volver á pisar mi casa.

ADOL. Por eso no vengo á su casa.

BRIG. Sepa usted que se engaña, jóven temerario. Esta casa, y cuanto en ella existe, es mio, enteramente mio...

HIP. (asoma la cabeza de repente por un tragaluz que habrá sobre la puerta de su cuarto.) Dices bien, primo mio; esta casa es tuya.

BRIG. (aterrado.) Qué veo! Santo Cielo!!!

HIP. Soy yo, tu primo, tu amigo, que acabo de venir del cementerio para darte un abrazo.

BRIG. Del cementerio!! Para abrazarme!! Sin duda es su sombra!! Cielo Santo!!! Cuán cambiado está!! Descansa en paz, primo querido!! Nadie turbará tus cenizas, como no sea ese jóven imprudente! (señalando á Adolfo.) Baja en paz á la tumba!! Vuélvete al templo de la verdad y del reposo, que nosotros rogaremos por ti... despues de los postres.

HIP. Qué galimatias estás armando? Te ha vuelto loco la herencia, por ventura?

BRIG. No tal, primo mio. Soy el mismo que era antes de tu fallecimiento.

HIP. De mi fallecimiento!!

BRIG. Oh! con qué placer te hubiese llamado mi yerno, si vivieras!... Pero has muerto... Cúmplase la voluntad divina! No podemos hacer por tí otra cosa, mas que rezarte!...

HIP. (riendo.) Pero ese hombre está loco!

FRUT. Dice bien mi amo; usted disparata; no es él el muerto, sino su primo de usted.

BRIG. Pues bien, mi primo...

FRUT. Este no, el otro...

HIP. Dice bien, el otro; tu primo el millonario, el que acabo de acompañar al cementerio...

BRIG. Pero si yo no tengo mas primo millonario que tú?

HIP. Brigido, yo millonario?...

BRIG. (á Frutos.) Pues entonces, qué es lo que este animal me ha estado diciendo?...

FRUT. Ahora comprendo el logogrifo. Yo le hablaba á usted del vecino, y comprendió que era de su primo.

BRIG. Santo Cielo! Y cuántas bestialidades me has hecho cometer?

HIP. Abridme y hablaremos.

BRIG. Voy á abrir á mi hija.

FRUT. Quieto todo el mundo! Soy el responsable de los sellos, y no permito que se rompan.

HIP. Cómo! tu hija está tambien sellada?

BRIG. Si, y tú, primo mio.

FRUT. Ahí se estarán ustedes, hasta que vengan á abrirles dentro de ocho dias.

HIP. Frutos, te mando que me abras al punto.

ADOL. Nadie tiene derecho á mandarle nada; Frutos está á mi servicio.

HIP. Y quién es usted, señor mio?

ADOL. Su rival; un hombre decidido á que no se levanten los sellos judiciales, bajo los cuales están ustedes prisioneros, hasta tanto que don Brigido haya consentido en dar á Carolina por esposa, á vuestro seguro servidor, Adolfo Ramirez.

HIP. (colérico.) Caballero!

BRIG. Señor mio!

ADOL. Silencio, señores! Por última vez, consienten ustedes en que Carolina sea mi esposa?

BRIG. No señor.

ADOL. No? Miren ustedes, que si no acceden pronto, doy tres palmadas, señal convenida entre dos parientes míos, para robar á Carolina por el jardín.

BRIG. Qué oigo! Robar á mi hija?

ADOL. Pues qué creía usted? Podía yo consentir en que su hija se casase con el posma de don Hipólito?

HIP. Pido la palabra.

ADOL. (*alzando las manos en ademán de dar palmadas.*) Doy la señal convenida?

FRUT. (*maliciosamente mirando á la ventana.*) Si mi vista no me engaña, los veo cruzar el ardin.

BRIG. (*asustado.*) Deteneos! Primero es la honra de mi hija. Carolina es suya! (*á Adolfo.*)

ADOL. Sea en buen hora. (*abren todas las puertas.*)

ESCENA XVI Y ULTIMA.

Dichos, CAROLINA, á poco DON HIPÓLITO.

BRIG. (*tomándola de la mano y presentándosela á Adolfo.*) Hija mia, ahí tienes tu esposo, y te advierto que mi herencia fué ilusion.

CAR. (*da la mano á Adolfo.*) Se empeñó usted en no oirme.

ADOL. Verdad es, pues por la cerradura lo oí todo, y hasta ví, que se tapaba usted los oídos, porque no le destruyeran sus ilusiones; pero no por eso dejaré de estimar á Carolina en lo mucho que vale.

HIP. (*apareciendo.*) Está bueno! Me quedo sin la novia, encerrado en mi propia casa, y hasta mis pobres hípedos, que con tanto cuidado nutria, son víctimas de la torpeza de mi primo!

FRUT. Segun veo, no tengo mas remedio que renunciar á los quinientos ducados de renta. Así, pues, le devuelvo su anticipo. (*da una bolsa á don Brígido.*) Y á usted (*á don Hipólito*) le devuelvo su calderómetro, y estos dos mil reales en billetes de Banco, que de su gabeta sacó don Brígido.

HIP. No puedo comprender...

FRUT. Y no es eso solo, sino que su petaca de oro se la regaló al escribano, que vino á ponerle á usted bajo llave y bajo sello; (*riendo.*) hasta los cajones de cigarros habanos que usted tenía, se los repartió entre los testigos que acompañaban al escribano.

HIP. Cómo! Brígido!... Con que tú dispusiste?...

BRIG. (*medio afligido.*) Si, primo mio; cometí esa torpeza; pero tranquilízate, que todo te será devuelto. Antes de las seis estarán aquí todos, y se deshará la equivocacion.

FRUT. Y es verdad!... Esos señores van á venir á comer con sus respectivas esposas, y una treintena de chiquillos.

HIP. Virgen del Amparo!... Cuándo se ha visto mi casa en tal desórden! Y todo, por qué? Por una torpeza tuya!

BRIG. (*suspirando.*) Tienes razon, pero ya que todo está dispuesto, y las gentes convidadas, celebraremos el futuro enlace de mi hija.

ADOL. Dice bien mi papá suegro; y de paso, celebraremos el que no haya usted pasado á morar al cementerio de San Nicolás.

FRUT. Bien pensado; y ya que tantos chascos he sufrido durante el dia, para deshacerlos al anochecer, le prometo á mi amo apurar unas cuantas botellas á su salud, y la de los presentes. (*se oye llamar y gran algazara á la puerta. Frutos se asoma, y vuelve riendo, y dice.*) Señor don Hipólito; por la escalera suben el enjambre de convidados!

ADOL. (*mirando tambien.*) Jesus! y un purgatorio de chicos!

HIP. Sea en buen hora! Nos daremos por contentos con este purgatorio, y no con el infierno á donde el cariño de mi primo me quiso conducir, matándome de repente.

FIN DE LA PIEZA.

Habiendo examinado esta obra, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 26 de Diciembre de 1860.—El Censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.

MADRID.

IMPRESA DE M. ALVAREZ—ESPADA—6.

1861.

Hir. Señor mío! Ador. Silencio, señores! Por última vez consienten ustedes en que Carolina sea mi esposa?
 Hir. No señor.
 Ador. Nos alientan ustedes, que si no acceden pronto, doy las palmadas, señal convenida entre los parientes míos para pedir á Carolina por el jardín.
 Hir. Qué digo! Robar á robijá?
 Ador. Pues qué cree usted? Robar yo consentir en que su hija se case con el puma de don Hipólito?
 Hir. Pido la palabra.
 Ador. (alzando las manos en ademán de dar palabra) ¿Doy la señal convenida?
 Hir. (mostrando marcialmente el dedo de la ventura) Si mi vista no me engaña, los veo cruzar el jardín.
 Hir. (asustado) ¡Deténgase! Primeros la hora de mi hija. (Carolina es suya!) (A Adolfo.)
 Ador. Sea en buen hora. (doran todas las puertas.)

ESCUENA XVI Y ÚLTIMA.
 Dicho, Carolina, é poco don Hipólito.
 Hir. (tomandola de la mano y presentandola á Adolfo) ¡Hija mía, ahí tienes tu esposo, y te advierto que mi hermana fue la misma.
 Car. (de la mano de Adolfo) Se empeño usted en no oírme.
 Ador. Verdad es, pues por la certidumbre de lo que hasta el que se tapaba usted los ojos, porque no le destruían sus lágrimas; pero no por eso dejó de estimar á Carolina en lo mucho que vale.
 Hir. (apareciendo) Esta buena, he querido en la noche, encerrado en mi propia casa, y hasta mis pobres hijos, que con tanto cuidado patria, son víctimas de la torpeza de mi primo.
 Hir. Según veo, no tengo más remedio que renunciar á los derechos dados de renta. Así, pues, le devuelvo su anticipo. (de una bolsa á don Hipólito.) Y á usted (á don Hipólito) le devuelvo su caldero, y estos dos mil reales en billetes de Banco, que de su gaceta saco don Hipólito.
 Hir. No puede comprender.
 Hir. Y no es eso solo, sino que su petaca de oro se la regalo al escribano, que vino á pedirla á usted bajo llave y bajo sello; (riendo) hasta los cajones de cartones habíamos que usted tenía, se los repartió entre los testigos que acompañaban al escribano.

FIN DE LA OBRA

Habiendo examinado esta obra, no halló inconveniente en que su representación sea autorizada. — Madrid 20 de Diciembre de 1866. — El Censor de teatro, Antonio Ferrer del Rio.

MADRID

IMPRESA DE M. ALVAREZ—Espana—1866

Hir. (medio asustado) Si primo mío, cometi esa torpeza, pero transpózitate, que todo le sea devuelto. Antes de las seis estaré aquí todos, y se hablará la equivocación.
 Hir. Y es verdad!... Las señoras van á venir á comer con sus respetivas esposas y sus tíos de los cuillos.
 Hir. Vengan del Ayuntamiento... Cuando se ha visto ni una en tal desorden! Y todo, por qué? Por una torpeza mía?
 Hir. (suspirando) ¡Tienes razón, pero ya que todo está dispuesto, y las gentes convidadas, celebraremos el último enlace de mi hija.
 Ador. Dices bien mi hijo amigo; y de paso, celebraremos el que me has traído pasado á morir al cementerio de San Nicolás.
 Hir. Bien pensado; y ya que tantos chacos he sufrido durante el día, para desahogar el pecho, le presento á mi hijo, para que cuantas bodas se hagan, y la de los presentados (se oye llorar y gran algarazara á la puerta. Raras se oye, y vuelve diciendo) Señores don Hipólito, por la escalera arriba el enjambre de convidados!
 Ador. (mirando también) ¡Leñal y un puñetero de chicos!
 Hir. Sea en bien hora! Los chicos por contentos con este puñetero, y no con el infante á donde el cardenal de mi primo me puso cuando, ni más ni menos repente.

Table with 3 columns: Title, Act/Scene, and Price. Includes titles like 'Los cabezudos ó dos siglos después', 'Los misterios de Paris', 'No hay miel sin hiel', and 'Un padre para mi amigo'.

ADVERTENCIAS. La primera casilla manifiesta las mugeres que cada comedia tiene, y la segunda los Hombres. Las letras O y T que acompañan á cada título, significan si es original ó traducida. En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron á don Ignacio Boix y don Joaquin Merás, que en los repertorios Nueva Galería y Museo Dramático se publicaron, cuya propiedad adquirió el señor Lalama. Se venden en Madrid, en las librerías de PEREZ, calle de las Carretas; CUESTA calle Mayor, y en las de las Provincias, en casa de sus Corresponsales. MADRID: 185. IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA, Calle del Duque de Alba, n. 12.

